



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por Rosalba.—*Lo que se escribe en los Cielos*, por D.^a Angela Grassi.—*La Adelfa* (poesía), por D. José Selgas.—*El camino angosto* (continuacion), por D.^a María de la Cruz.—*Variedades*.—*Labores*, por D.^a Joaquina G. Balmaseda.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 862.—*Grabado de Labores*, núm. 75.

REVISTA DE MADRID.



NO FÁCIL es la posición de todo aquel que llegado apenas de un largo viaje, pues sino se da un paseito por Alemania á lo menos, *nulla est redemptio*, tiene que coger la pluma y escribir una revista de lo que ha sucedido en la antigua capital de los dos mundos; pero mucho mas difícil es la mía, si á lo anterior hay que añadir la carencia de novedades, como sucede en la actualidad en Madrid, y lo que es mas triste, la falta de aquella animación de la que tan orgullosos nos mostramos los mortales afortunados que bebemos el agua de la famosa Cibeles.

Yo, que como mujer, no dejo de tener mis puntas ribetes de curiosa, cada vez que llega Julio no puedo menos de preguntarme dónde van los que se van.

Estoy segura que un excéptico nos contestaría con un ¿quién lo sabe?

Por supuesto que no hablamos aquí de los que se mueren, porque estos ya se nos alcanza que van al otro mundo. razón sobradísima para no condolernos de su suerte; á mayor abundamiento cuando no ignoramos, y la fé nos lo afirma á cada paso, que allí se está mucho mejor que aquí. El sistema de la perfectibilidad humana, que es un sistema divino, así lo quiere también.

No es de esto de lo que se trata. Preguntamos dónde van los que abandonan á Madrid. No es posible que todos los que se marchan ó se han marchado tengan una casa, ni mucho menos una *villa*, ni hasta una choza en el campo. Si así fuera, por dichosa me tendría en no participar de una suerte tan vulgar, y apetecería mas nuestra morada de Madrid, si nos dejaran solas, pero la población madrileña, como el mar, presenta el fenómeno de las mareas; vésele

subir y bajar, engruesar y disminuir. ¿Dónde van los que se van?

El verano, que digamos, no ha sido en verdad apetecible, ni aun en las calles. En vano el astrónomo Sr. Castillo había predicho que haría un tiempo delicioso toda la estación. La lluvia y el viento se han disputado los días que ha sido un gusto. Pero el hombre es una máquina que, dado cuerda por la costumbre, funciona con la regularidad de un reloj. Cuando el orden de las estaciones se invierta, mucho tiempo después, á pesar de la nieve y el viento, se partirá para el campo en la época ordinaria, y se volverá á su tiempo debido, después de la acostumbrada ausencia, para abrir la campaña de bailes y teatros en la canícula.

Las paredes de la muy heroica villa que no há muchos días anunciaban á voz en grito y en numerosos anuncios la apertura de los baños de mar, van dando ya paso á otros excesos, vulgo obras, de modernísimo cuño que no hay mas que ver. El corazón se le oprime á una solo al leer los títulos.

¿Será por sociabilidad porque las aguas de mar tienen el precioso privilegio de atraer á sí hoy todas las fortunas? ¿Será por verse reunidos en una misma ola, porque acuden en tropel á sus orillas hombres y mujeres? ¿Será porque no hay salón, ni sociedad en que se hagan tan rápidamente y de un modo tan íntimo los conocimientos como en plena agua?

En efecto, cuando el cielo es azul, ardiente el sol, el aire sereno, tibio y perfumado; cuando las suaves y frescas caricias de la onda amarga hacen circular bajo la piel la sangre mas rápida y sonrosada; cuando los temores infantiles, á la aproximación de la ola, dan á la mirada mas brillo, á la voz mas encanto, á los movimientos mas gracia,

¿qué mortal puede desconocer la belleza de una mujer?

Y luego, ¿qué orgullo no presta el dar una vuelta por Europa despues de haber asistido á un puerto de mar? Y si á esto agregamos la gran sensacion que la partida causa en el barrio, el mostrar á los vecinos y á los paseantes los balcones cerrados durante un mes á piedra y lodo, solo podrá formarse una idea aproximada de las inmensas ventajas que el sistema aporta consigo.

Sin embargo, toda medalla tiene su reverso. Sabemos mas de uno que se resigna á vivir en una semi-oscuridad, y á no salir mas que por por la noche, de tapadillo, para producir el efecto acostumbrado. Los que se dan con sus personas el lujo de alquilar carísima una habitacion en Carabanchel, ¿no dicen tambien que van á baños? El pobre, antes de engullirse su pedazo de pan seco, no dice tambien ¡voy á comer! ¿El mas exíguo figurante, no dice igualmente, yo represento esta noche? Y ciertamente así sucede; se va á los baños cuando se va á Carabanchel, como se tiene una pluma en la mano cuando no se sabe escribir. Todo consiste en entenderse. Siempre, por mas que se predique en contrario, la letra vivifica y el espíritu de ella mata.

Abandonando por hoy estas reflexiones, que segun trazas, camino llevarian de no concluir jamás, tan elástica es la materia y tan socorridos para la murmuracion aparecen los achaques de la humana flaqueza, ocupémonos, para concluir, de las últimas novedades que la semana anterior

ha cobijado en su immaculado seno. Estas se han reducido á presentar al público por las empresas teatrales los individuos que forman sus respectivas compañías.

Hasta ahora, las que han llevado la palma han sido la de Jovellanos y la de la Plaza del Rey.

En estos dos coliseos, la musa lírico-española exhibirá sus inolvidables gracias, llevando de ventaja el teatro de la Zarzuela al del Circo, en que éste además, presenta una compañía dramática compuesta de artistas conocidos ventajosamente de los madrileños.

Con respecto al repertorio con que ambas empresas cuentan hasta ahora, los oficiosos se deshacen en elogios. ¡Dios haga que las ilusiones concebidas no las transforme el tiempo en humo vano, y que las obras den á los autores y á las empresas honra y provecho!

Por supuesto, y sea esto dicho en aras de la verdad, las dos empresas, para conseguir atraerse la atencion y la concurrencia, entre las mejoras que han introducido no es la mas liviana la de que el coro de voces de mujer se componga de caras muy bonitas, teniendo en desquite el teatro de los Bufos la ventaja mayúscula de que el coro de hombres se halle compuesto de feos del color mas subido.

Como comprenderán nuestras lectoras, el asunto se presta á comentarios.

ROSALBA.

INSTRUCCION.

LO QUE SE ESCRIBE EN LOS CIELOS.

¡Qué fortuna, Cecilia mia, haber nacido mujer! ¡Mujer, es decir, luz, consuelo y esperanza! Qué nos importan á nosotras los lauros de la gloria, el cetro del poder, el fausto de la ambicion; qué nos importa todo esto, si podemos ceñir una espléndida corona de perlas, tejida con las lágrimas de aquellos á quienes redimimos? ¡Qué bello destino el nuestro! Dios ha formado nuestro corazon de modo que sirva de Sagrario á todos los amores divinos; amor de madre, de esposa, de hija; amor de lo bello, de lo bueno, de lo justo; amor en fin de caridad que los encierra á todos, y que es como una lluvia de benéfico rocío que descendiendo sobre los corazones, los alienta y fortifica.

Dios, que ha dado á la mujer fuentes de vida para alimentar al niño recién nacido, que la ha colocado junto á su cuna para velar su primer sueño, para atender á sus primeros vagidos, la ha dado tambien un corazon de madre para todos los que sufren.

¡Ah, no nos envanezcamos por nuestra hermosura ni por nuestro talento, si acaso la naturaleza nos ha favorecido con estos dones!

La hermosura es una onda fugitiva del mar, que brilla un momento á los rayos del sol, pasa y se confunde con las otras olas verduzcas y sombrías: el talento es una antorcha cuya luz queda ofuscada por la que despiden otras millares de antorchas: envanezcámonos únicamente por el amor que se albergue en nuestro pecho, porque es el que hace germinar en las almas los nobles y puros sentimientos, y nos asimila á los ángeles del cielo.

Por esto ha dicho un filósofo moderno, que á la mujer pertenece el cetro moral del universo, y cuanto mas hojeamos las páginas de la historia, mas vemos confirmado este glorioso aserto.

Desde las mujeres de Judea, que no abandonaron á Jesucristo, ni en el Gólgota ni en el sepulcro; que fueron las primeras en ondear el lábaro sagrado; las primeras en deramar su sangre en el martirio; desde aquellas piadosas mujeres, repito, hasta nuestros días, la historia está llena de rasgos de abnegacion sublime, tales como apenas puede la razon humana concebirlos. ¡Siempre al lado del infortunio, partidarias siempre del caido, se glorifican á sí mismas tejiendo guirnalda de siemprevivas, para adornar con ellas la tumba ignorada del mérito y la virtud, que el ingrato mundo desconoce y olvida!

Tal fué el ejemplo que ofreció á los asombrados siglos

Cristina de Pisan, noble veneciana, célebre por su talento, célebre por su hermosura, pero mucho mas célebre aun por los magnánimos sentimientos de su alma.

Su padre era un astrólogo de gran fama, que brilló en el siglo XIV. Era la astrología en aquella época una ciencia tan estimada, que los Reyes se disputaban entre sí á los sábios que la poseían, colmándolos en sus respectivas córtes de honores y riquezas.

Cristina, nacida en Venecia, se educó en Francia, adonde fué llamado su padre por el Rey Carlos V.

Bella, graciosa, espiritual, se captó el amor de las Princesas, así como su padre se habia captado la estimacion del Monarca, y compartió los juegos de la infancia con aquel desdichado Carlos VI, para quien la corona debia ser una corona de espinas, y un prolongado martirio la existencia.

Los niños crecieron, y cada uno entró en la distinta senda que les tenia reservado su destino. Cuando Cristina apenas contaba diez y ocho primaveras, se casó con un gentil-hombre picardo, llamado Estéban du Castel, que murió cinco años despues, dejándola tres hermosas prendas de su cariño.

Tan jóven, tan bella, Cristina hubiera podido hallar otro esposo entre los mas nobles señores de la córte; pero quiso vivir únicamente para llenar de flores la tumba de su marido, y educar en el bien á sus tres hijos.

Siendo ineficaces las tocas de la viudez para librarla de adoradores importunos, refugióse en la mas absoluta soledad, y para ocupar las largas y tristes horas, buscó un consuelo en los libros. Lo que fué recurso en un principio, se trasformó luego en plácido solaz, y mas tarde en pasion vehemente. Entonces, sintiéndose inspirada, tomó casi por juego la pluma, y escribió aquellas bellísimas elegías, que publicadas por un indiscreto amigo, llenaron la Europa de asombro y de entusiasmo.

Excitaba una viva curiosidad aquella mujer, cuyo nombre era ya célebre, y á quien no se veia en ninguna parte, que rehusaba obstinadamente ceñir á su sien los legítimos laureles que el mundo tributaba á su talento, y cuanto mas crecia su esquividad, cuanto mas se ocultaba, envolviéndose en el manto de su modestia, mas crecia la admiracion universal, mas esfuerzos se hacian para arrancarla á su soledad plácida y serena. El Rey de Francia, el de Inglaterra, el Duque de Milan y el Duque de Borgoña, la hicieron brillantes proposiciones; pero aunque la fortuna de Cristina era muy escasa, aunque debia condenarse á sufrir mil privaciones para asegurar el porvenir de sus hijos, prefirió á todos los placeres de la tierra su soledad, sus libros y la vista de la tumba de su esposo, á la cual no faltaron ni un solo dia ni lágrimas ni flores.

Pero llegó el momento en que debia abandonar su querida soledad, para dar á conocer al mundo la sublime grandeza de su alma.

Lo que no habia podido conseguir el poderoso rey Carlos VI, ciñendo la corona, empuñando el cetro, rodeado de aduladores, lo consiguió el pobre Monarca, demente, abandonado de todos, hasta de sus propios hermanos, hasta de su misma esposa.

No hay un corazon sensible que no sufra al leer ese tris-

tísimo episodio de la historia de Francia; ojos que no viertan lágrimas al contemplar el doloroso cuadro que ofrecian por un lado la familia real y la córte, cuadro de negras sombras; por otro el pueblo y el rey, víctimas ambos de las pasiones y la ambicion de los grandes. Isabel de Baviera, esposa del rey, unida vergonzosamente al duque de Orleans, su cuñado, disputaba el supremo poder al duque de Borgoña, tambien cuñado suyo, encendiendo la tea de la discordia, y sumergiendolo á sus vasallos, ya tan oprimidos y vejados en los horrores de una guerra civil y destructora.

El infeliz monarca, dice el historiador Villaret, durante el tiempo que duró esta horrible division de los Príncipes, quedó abandonado á sí mismo. Estremece la pintura del estado miserable á que llegó el infeliz demente, de cuya existencia nadie se ocupaba. Pasó mas de cinco meses sin que se tomasen la molestia de persuadirle á que se acostase y cambiase de traje, y todas las enfermedades de que, segun los Santos Libros, fué acometido Job, le aquejaron y pusieron en inminente riesgo su vida, que era á lo que tal vez aspiraban los ambiciosos, aunque hubieran podido elegir otro género de muerte menos bárbaro y odioso. Imposible parece semejante infamia; imposible parece que se rehusasen á un Monarca, á un esposo, á un hermano, los socorros que el último de los hombres hubiera hallado en un hospital, en donde la caridad ofrece siquiera un asilo á los que carecen de todo.

La córte, la Francia, el mundo, asistian en silencio á este repugnante espectáculo, ó si formulaban una queja, era en voz muy baja, para que no pudiesen oirla los soberbios opresores. Una sola mujer tuvo bastante valor y abnegacion para protestar públicamente con obras y palabras de tamaña enormidad, y esta mujer fué Cristina. No la arredró ni el temor de incurrir en el enojo de Isabel y atraerse la venganza de los Príncipes: no pensó ni en sí misma ni en sus hijos. No tomando consejos mas que de su generosa indignacion, corrió á palacio, y penetró á viva fuerza en la cámara del Monarca.

Al verle, sus ojos se llenaron de lágrimas. Pálido, sucio, haraposo, el desventurado Carlos no parecia ni aun la sombra de sí mismo. En uno de sus accesos se habia introducido en las carnes un pedazo de hierro, y ya la gangrena invadia muchas partes de su cuerpo.

—¡ Infames! gritó Cristina á las personas mercenarias que le custodiaban; ¡es así como cuidais de vuestro Rey, del Rey amante que solo se ocupaba de la felicidad de su pueblo, que solo pensaba en colmar de mercedes á sus servidores! Id á llamar al primer médico de cámara.

Era tan enérgico su acento, era tan severo su ademan, que los criados obedecieron.

Llegó el médico y procuró excusar su negligente abandono, alegando la resistencia que oponia el enfermo á sus mandatos.

—¡Cómo! exclamó Cristina indignada, aunque en medio de su estravío hubiese rehusado obedecer, no debia de haberse apelado á una saludable violencia? ¿Es tan difícil apoderarse de un hombre solo y desarmado? ¿No podiais acaso haber aprovechado los instantes en que se hubiese dejado vencer por el sueño? ¡Vergüenza y oprobio sobre vosotros todos, señores, que habeis permitido que llegase

hasta ese extremo un hombre, un Rey! Id ahora mismo, doctor, id á informar al Consejo de su lamentable estado, sino quereis que la historia ponga vuestro nombre á continuacion del de sus verdugos!

¡ Poder de la verdad y la virtud! El médico obedeció sin murmurar á Cristina, como la habian obedecido los servidores, y lo que es mas, tambien la obedecieron los miembros del Consejo. Aquella misma noche, doce hombres enmascarados y con el rostro pintado de negro, entraron de improviso en la cámara régia, y obligaron por el terror al ilustre enfermo á que se desnudase y se acostase en el lecho que le tenian preparado.

Cristina no le abandonó. Permaneció noche y dia á su lado, prodigándole los mas dulces consuelos, los mas tiernos cuidados.

La naturaleza de Cárlos era vigorosa: pronto recobró las perdidas fuerzas, y con ellas algunos pasajeros destellos de razon. Quizás la hubiera recobrado por completo, si la bondadosa Cristina hubiese podido permanecer siempre á su lado.

Algunos meses despues, hechas las paces entre los príncipes, la reina, que habia huido con el duque de Orleans, cuando el de Borgoña se acercaba á París, hizo su entrada en la capital de una manera fastuosa é insolente.

¡ Ay, que Isabel tambien era mujer! Pero Dios, en sus altos fines, permite á veces que la cicuta crezca en los campos de trigo, y entrelace su venenoso tallo con las espigas de oro.

Isabel iba en litera descubierta, y vestía un traje mag-

nífico. Los duques de Orleans y de Borgoña marchaban á su lado, ostentando igual magnificencia, pues hasta las herraduras de sus caballos eran de plata.

¡ Mientras tanto el Rey ni siquiera tenia sábanas!

Así que Isabel llegó á palacio se dirigió á la cámara del enfermo. No se hablaba en Francia mas que de la heroica conducta de Cristina, y siendo esto un baldon para la culpable esposa, ardía en deseos de vengar su afrenta.

—¿ Qué haceis aquí? la dijo con brusco tono; ¿ es esto por ventura vuestro lugar?

Cristina estaba preparada á desafiar su cólera.

— Señora, respondió con firmeza, cuando una reina, una esposa abandona el suyo, da derecho á cualquiera para que lo ocupe.

Estas enérgicas palabras, que equivalian á un reproche, y su noble comportamiento, la valieron una orden de destierro, y aun debió á la fama de sus virtudes el no sufrir mayor castigo.

Cristina volvió á su soledad y á sus amados libros, llorando en secreto los males que no la era dable conjurar.

Entre varias obras, dejó una historia del reinado de Cárlos V, que le asegura por sí sola un eminente lugar entre los historiadores franceses. En poesía fué la feliz rival de Villon y la vencedora de Clemente Marot; pero lo que mas la enaltece es el bellísimo rasgo que acabamos de referir, porque las obras del talento caducan como todas las cosas de la tierra, y las buenas acciones se inscriben en el libro eterno de los cielos.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

LA ADELFA.

Nace la Adelfa triste,
Siendo gentil y hermosa,
En solitarios campos
Ó en las desiertas costas.

¿ Por qué no crecen flores
Bajo sus verdes hojas?
¿ Por qué la Adelfa vive
Tan apartada y sola?

¿ Qué penas la entristecen?
¿ Qué pesares devora?
— Flores, prestadme oido
Y os contaré su historia:

« Vivió en los prados la Adelfa,
Gentil, ufana y pomposa;
Dulce orgullo de la fuente
Que murmuraba á su sombra.

Y vió del prado fecundo,
Sobre las bordadas ondas,
Flores de inmensa hermosura
Y de riquísimo aroma.

Tuvo continuos desvelos
Y pesares y congojas,
Y tuvo envidia la Adelfa,
Pero lo supo la aurora;

Y allá á los desiertos campos
Y á las solitarias costas
Hízola huir, pues la envidia
Cuanto respira emponzoña.

Por eso la triste Adelfa
Vive macilenta y sola,
Y guarda amargo veneno
Oculto en sus verdes hojas.»

JOSÉ SELGAS.



EL CAMINO ANGOSTO.

(CONTINUACION.)

IV.

Era una tarde de invierno, pero una tarde serena y deliciosa: los últimos rayos del sol doraban apenas las cimas de los árboles, y rielaban en los picos de las rocas, cubiertas de nieve, y en la llanura tapizada de hielo.

Un aire penetrante agitaba las ramas desnudas de los árboles, y las hojas secas, arrebatadas en revuelto torbellino por la pradera, formaban un melancólico susurro.

A un lado se veía la ciudad de Choisy, con sus torres, sus campanarios, sus chapiteles y sus tejados, agrupados en forma de anfiteatro, y al otro una escarpada montaña, cubierta de chozas miserables.

Una mujer, que al parecer había salido de Choisy, se dirigía á ella lentamente.

En su traje raído, en su semblante pálido y descarnado, se descubría la huella de profundos sufrimientos: deteníase de vez en cuando para tomar aliento, y parecía que las fuerzas la abandonasen, á pesar de sus vivos deseos de llegar al término de su camino.

Esta mujer era la pobre Angélica. ¿De dónde venía, adónde iba? ¡Ay, que la infeliz venía de la ciudad, adonde había ido secretamente á suplicar á todos sus antiguos amigos en favor del pobre Guillermo, condenado á muerte por haberla salvado! ¡Ay, que con muy pocas esperanzas volvía á la cabaña, en donde gemía moribundo su marido, adonde había tenido que detenerse, agravada su enfermedad por las terribles emociones de aquella noche funesta!

La noche había estendido ya su negro velo sobre la naturaleza, cuando Angélica llegó á la falda del monte; pero aunque la luna brillaba sobre un cielo puro y diáfano, el frío era intenso, y la infeliz, helada y agobiada de fatiga, tuvo que detenerse otra vez para tomar aliento.

Sentóse sobre una piedra, apoyó la cabeza en la mano izquierda y el codo en la rodilla, y quedó un instante inmóvil y pensativa. Sus ojos fijos en el cielo parecían implorar su compasión, y las lágrimas que bañaban sus mejillas demostraban bien los hondos sufrimientos de su alma.

De repente el cercano galope de dos caballos la arrancó de sus tristes meditaciones. Recordó, llena de espanto, que aquellos alrededores estaban llenos de tropas, y el temor de ser descubierta, enervando sus fuerzas, lejos de avivarlas, la retuvo clavada en aquel sitio.

Los dos caballeros se acercaban rápidamente y detuvieron sus alazanes al verla.

—Pardiez! exclamó el uno, qué hará esa pobre mujer aquí sola, con este frío y á semejante hora!

Estas palabras llamaron la atención de su compañero, que fijando en ella sus miradas, exclamó con un acento de alegría, de sorpresa y de dolor:—Angélica!

Angélica reconoce aquella voz que le ha sido tan querida; la voz del Delfín, de Carlos VII, y creyendo que no

acaso la Providencia le ha puesto en su camino, se arrodilla apresuradamente, y exclama con un acento que salía del alma:

—¡Perdon, señor, para un infeliz que va á morir mañana en Choisy! ¡Es padre de siete hijos, y su crimen consiste en haber salvado la vida á sus antiguos dueños, á sus antiguos bienhechores!

—Lo sé! dijo Carlos con tono sombrío, lo sé! Ese hombre contravino al pregon, desobedeció á la ley!

—Fué su lealtad la que le obligó á desobedecerla, y vos; señor, el mas magnánimo de los Príncipes, que sereis mañana el mas magnánimo de los Reyes, tendreis clemencia para el pobre viejo!

Sé que vuestras armas reales alcanzan cada dia nuevas victorias! El cielo, mostrándose piadoso para con vos, os enseña á mostraros piadoso para con todos los que sufren!

—Aléjate, Roberto, dijo el Delfín, volviéndose á su compañero, quiero hablar á esta señora sin testigos.

Roberto se alejó algunos pasos.

Angélica nada dijo: vió con suma tranquilidad como Carlos descendía de su caballo y se acercaba á ella; el sitio, la noche, la ocasion, no turbaron su espíritu, dócil siempre á su voluntad serena é inquebrantable.

—¿No queda ninguna huella en tu corazón del pasado? balbuceó Carlos, que así permaneces indiferente, sola conmigo, en medio de la noche?

—Es que tengo ilimitada confianza en vuestra lealtad, señor, y en la protección de mi ángel de la guarda, respondió sencillamente Angélica.

—Me has pedido la gracia de Guillermo, ¿no me pides nada para tu marido?

—¡No señor, vos no podeis dar á mi marido lo único que le hace falta para rescatar su honor: las pruebas de su inocencia! Dios pondrá algun dia esas pruebas delante de vuestros ojos; entre tanto él y yo solo podemos llorar y gemir en el destierro, aguardando tiempos mejores para nuestro pobre hijo!

—Angélica, repuso Carlos en voz baja y apasionada, ¿por qué aceptaste la mano de ese hombre?

—Porque yo no podía ser para vos mas que una esposa, y la esposa del que ciñe la corona de Francia debe haber nacido en régia cuna.

—Te amo! repuso Carlos, solo sé que te amo, y que tu amor será la única esperanza de mi vida! Te habrán hablado de Inés Sorel, te habrán dicho que yo suspiro de amor á sus plantas, mentira, mentira; ese amor no es mas que un empleo pasajero que he querido dar á las tumultuosas sensaciones de mi alma! ¡El despecho me ha arrojado en sus brazos; el deseo de que tú lo supieras y tuvieras celos, me ha mantenido en ellos!

Angélica, te amo: corresponde á mi pasión, y absolveré á tu esposo; un Rey todo lo puede hacer, puede dar honra á los que la han perdido.

—¡No señor, respondió Angélica con firmeza, los Reyes no pueden crear lo que no existe!...

—¡Pues bien, le cubriré de tantas distinciones, que deslumbrados los ojos, no puedan ver su ignominia. Habla, ¿quieres la mejor de mis ciudades para él? ¿quieres que le dé el título de Conde, de Duque, de Príncipe?

—No señor, á ese precio no quiero nada, ni aun la vida de Guillermo!

—¿Qué esperas, pues?

—Morir si es preciso, pero morir honrada!

—Pero ese hombre á su vez te ha hecho traicion, ese hombre ha sido el esclavo de la impúdica Magdalena!

—Dios le juzgará: yo cumplo mi deber!

—Pues bien, ¿quieres ser Reina, quieres que solicite del Papa que rompa los juramentos que te unen á él y bendiga los nuestros?

Angélica al oír estas palabras quedó un instante suspensa. Se ruborizó, tembló... Mas que el brillo de un trono, tentaba á su alma la esperanza de poder amar á Carlos, á su primer amor, con una pasión legítima y honrada.

Aquella lucha violenta duró un solo instante.

—¡Soy el único consuelo de un moribundo, dijo con apagada voz, soy el único sosten de un tierno niño! Adios, señor, adios! El vacilante trono de la Francia necesita una régia alianza... vuestros adversarios necesitan ver en vos á un Monarca enérgico que sabe vencer y dominar sus pasiones!... ¡Cumplamos cada uno nuestro deber!

—¡Ah! exclamó Carlos ciego de enojo, es decir que nada puede vencerte, es decir que amas á ese hombre?

—Es el padre de mi hijo!

—Pues bien, has desechado mis ruegos, te has burlado de mis lágrimas, sentirás el peso de mi venganza!... ¿En dónde está? ¿En dónde se oculta?

—¿Qué habláis de venganza, señor? exclamó apresuradamente Angélica. Los Reyes son imágenes de Dios sobre la tierra: los Reyes no deben vengar ofensas particulares: los Reyes deben perdonar para ser perdonados algun día!

—Basta! dijo Carlos, cuya cólera no reconocía ya límites, ¿en dónde se oculta ese traidor, ese infame, ese desleal?...

—Nunca lo sabreis, señor, como tampoco volvereis jamás á verme! exclamó Angélica, dando algunos pasos para alejarse.

Carlos se abalanzó impetuosamente hácia ella.

—¡Detenéos, señor, detenéos, gritó Angélica con un aire de majestad imposible de describir. He permanecido tranquila cerca de vos, porque sé que sois doblemente caballero, por vuestra noble estirpe, y porque un Rey es el fiel guardador de la honra de sus vasallos!

Carlos en efecto se detuvo, subyugado, vencido.

Aquella casta figura que se elevaba delante de él, tenía toda la belleza ideal de la virtud inmaculada y santa.

—Adios, señor, repuso Angélica. Imitad á Dios, salvando al pobre Guillermo, que es padre de muchos hijos! Yo donde quiera que me oculte, adonde quiera que me arrastre mi infeliz destino, haré votos por la prosperidad de vuestro reinado, que si el cielo escucha mis ruegos, será el más glorioso de cuantos la Francia registra en sus anales.

Al decir esto Angélica, hizo una profunda reverencia, y se internó entre las peñas.

Carlos vió flotar largo tiempo los pliegues de su traje, y solo cuando la hubo perdido de vista, pareció volver en sí, soltando un amarguísimo suspiro.

—¿Con qué magia me ha encadenado, pensó, por qué he permanecido inmóvil, anonadado en su presencia?

¡Una débil mujer ha impuesto su voluntad al Rey de Francia, al que dispone de brillantes ejércitos, al que cien mil vasallos sirven de rodillas!

¡Ah, qué es la magia de su virtud la que me encadena! Sufro, pero siento el alma llena de dulzura: me roba mis esperanzas, y me place verla de este modo, casta, digna, sublime! ¡Digna es del amor de un Rey, digno será el Rey de semejante dama!

—Roberto, Roberto, gritó dirigiéndose á su compañero, corre á Choisy, deten la ejecución de Guillermo. Corre y vuelve; aquí te espero!... ¿Por dónde ha desaparecido esa mujer, Roberto?

—Por la izquierda, señor. Se ha dirigido á la subida del monte, se ha perdido junto á las ruinas de aquel convento, que se divisan allá abajo entre la sombra.

—¡Corre y vuelve, Roberto, exclamó el Rey, una voz interior me dice que la busque y la consuele! ¡Ah, por mas que ella me lo prohíba la amaré mientras exista, pero mi amor será tan puro como el que se profesan entre sí los Serafines!

Y mientras Roberto espoleaba su caballo en dirección á Choisy, Carlos con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo, parecia buscar entre las nubes la imagen querida de su alma.

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CRUZ.

VARIEDADES.

La oracion de la tarde.

¡Qué hermosa es la naturaleza! ¡Cuán admirables son las obras del Sér Supremo! Así exclamaba Marta al contemplar, desde una estensa galería, rodeada de sus amantes hijos, la majestuosa caída del sol.—Era, en efecto, ese supremo instante en que el astro del día despide entre brillantes fulgores sus últimos y trémulos rayos á la tierra. ¡Admirable y sagrado espectáculo! En el Occidente, bañado de hermosas tintas, empezaba á vislumbrarse entre blancas y azuladas nubes, la estrella precursora de la noche, ese triste lucero de la tarde. Un gran manto de sombra cubria ya los silenciosos valles y apacibles sotos, y el fresco y delicado rocío caía en menudas gotas sobre su rica alfombra, engalanada de fresca yerba, y de pintadas y olorosas flores que, al recibir en sus cálices, como en copa sagrada, las cristalinas gotas, exhalaban al cielo sus perfumados aromas, y embalsamaban el aire. Era el suspiro tierno y el beso amante que la naturaleza enviaba á su Criador.

Marta y sus hijos contemplaban extasiados el admirable espectáculo que ofrecía el sol al terminar su carrera. Veían flotar en Occidente su dorada cabellera, despidiendo vivísimos rayos y ráfagas de luz, entre brillantes y arreboladas nubecillas de cárdeno celaje y de mil variados colores, y le

veían también precipitarse, desde su magnífico trono, lenta y majestuosamente á los abismos, cayendo en el blando y espumoso lecho de los mares, como si quisiera bañarse en sus serenas ondas, y refrescar su enrojecida frente.

Poco á poco las misteriosas sombras de la noche coronaron los altos montes y empinadas colinas; las tímidas aves volaron presurosas á esconderse al abrigo de sus amantes nidos; dejó el labrador sus rudas tareas, y el rústico zagal y la bella pastora recogieron también sus ganados para encerrarlos en su tosco y ligero redil. El silencio profundo empezó á reinar en la tierra, como si quisiera entregarse al reposo y descanso tranquilo de la noche. Solo se sentía el zumbido ronco y acompasado de los cencerros, el seco ladrar de los mastines, el murmullo de las fuentes, y el canto popular de los labriegos. A lo lejos veíanse también algunas luces y el humo ennegrecido que salía de las rústicas chozas de los pastores.

En este instante supremo se oyó retumbar en toda la comarca la voz vibrante de la campana que llamaba á los fieles á la oración. Marta y sus hijos doblaron sus rodillas, y elevaron al Señor una sentida plegaria.

—Hijos míos, exclamó esta cristiana y bondadosa madre: el primer deber de los niños es ofrecer á Dios un justo tributo de amor y reconocimiento. ¡Bendigamos y glorifiquemos el sagrado nombre del Señor !!!...

Después de algunos instantes de silencio, elevó sus ojos al cielo, y estrechando amorosamente á sus hijos, añadió:

—¡Oh, Dios mío, acoje con benignidad mi ferviente ruego! ¡Cuida con paternal amor de estas inocentes criaturas, para que no se desvien de la senda de la virtud! ¡Resérvanos en tu santa morada un lugar entre los justos !!!...

Calló la piadosa madre, y oró en silencio. Un rayo tibio de luna, cual celestial aureola, iluminó las frentes de esta bendita familia.

Poco después, Marta y sus hijos dormían dulcemente un apacible y regalado sueño. ¡DESCANSABAN CON SANTA TRANQUILIDAD !!!

DOMINGO FERNANDEZ ARREA.

* *

La gota de agua.

Una redonda y cristalina gota de agua cayó desde las nubes hasta el fondo de los mares. Perdida en la inmensidad del Océano, humillábase diciendo entre sí:—¿Qué soy yo comparada con esas olas? ¡Un átomo! ¡Cuánta es mi pequeñez! Cuán poco merezco que fije sus miradas en mí el que hizo los mundos que ruedan por el espacio!

Mientras pensaba esto, ocurriósele á una ostra bostezar en el fondo del Océano, y por cuanto, al abrir y cerrar sus conchas, quedó en su centro aprisionada la humilde gota de agua. Ésta, poquito á poco fué adquiriendo consistencia, solidez y brillo, llegando por último á ser una preciosísima perla, que con el tiempo fué la mas bella que se ostentó en la corona de la reina de Castilla.

Lo modestia es una virtud, que no por ser rara, deja de ser la mas amable de todas.

El mundo, que se complace, y no poco, en humillar al necio que trata de sobreponerse á los demás hiriendo su amor propio, ensalza por el contrario, estima y sostiene, al que reconociendo los límites de su propia inteligencia, desconfía de sí mismo, y rinde homenaje á los talentos superiores. (Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

* *

La Rosa y el Pensamiento.

APÓLOGO.

La flor de Saadhi, el Pensamiento, la Violeta de Oriente, decía una tarde á la rosa de Ormuz:

—Oh, cuán bella eres! Acabas de abrir tu corola á los rayos del sol poniente, y en verdad, hermana mia, que tus colores compiten en hermosura con la luz.

—Bachillera está la florecilla!

—¿No soy una flor como tú?

—Yo soy la Reina de ellas.

—Y sin embargo, tu existencia es solo de un día.

—Las mas vaporosas sílfides de alas de oro, púrpura y azul, las mariposas mas pintadas me rodean y rinden culto á mi apostura y gentileza, cual una corte de nacar y de oro.

—Yo, pobre flor, oculta bajo la yerba, apenas si me admira el pasajero.

—A mí me acaricia el céfiro con sus besos mas dulces, y las brisas del Thirvan depositan en mi corola sus mas ocultos secretos.

—De mí nadie hace caso.

—Tu destino es morir pisoteada.

—Soy modesta.

—La mas débil criatura te arranca y te deshoja para sus juegos crueles.

—Mis ramas no tienen espinas.

—Mi purpúrea vestidura es el mas bello adorno de las enamoradas, y.....

La palabra espiró en sus lábios.

El rugiente huracán, precursor de la tempestad, arrancó con mano impía las hojas de la orgullosa flor, y las dispersó por el valle con desden, para señalar el paso de su furiosa carrera.

El modesto Pensamiento saludó aun en toda su lozanía la siguiente aurora.

Oculto entre la yerba no había sido visto por la tempestad.

VICENTE CUENCA.



LABORES.

La última novedad en el género de lencería, consiste en las aplicaciones de crochet ó malla, recortando la tela y colocando en su lugar estos trabajos tan sencillos como de buen efecto. Así hemos visto enriquecer canesús de camisas, peinadores, chambras, cofias, y hasta pañuelos de finísima batista, siendo este el gusto dominante de los Trouseaus que salen de la Villa de Nancy y del Siglo XIX. Los cuadros que van señalados con el núm. 1 sirven principalmente para este uso, pudiendo también utilizarse uniendo los unos á los otros para formar cubiertas de *acerico*, *anti-macasares*, etc.

Su ejecución es como sigue:

Se hace una cadeneta de 28 puntos, que se cierra en círculo.

1.^a *Vuelta*.—Toda de puntos dobles, haciendo un punto en cada uno de los anteriores, y tres en el sétimo, en el catorce, en el veinte y uno, y en el último, con lo cual toma la forma de cuadro.

2.^a—2 ps. s. de cadeneta, 1 bar., 2 ps. s., 1 bar., y lo mismo toda la vuelta, menos en las esquinas, que en vez de dos puntos sencillos se hacen cinco.

3.^a—2 bar. en cada uno de los calados, y un punto doble sobre cada barra. En los cinco puntos sencillos se ejecutan en vez de dos, cinco barras para la punta.

Esta vuelta deja terminado el cuadro, faltando solo hacerle un molinete en el centro con aguja de coser, y el cual consta de tres cruces de hilo y las vueltas del centro para sujetarlas. Estos cuadros se fijan á la tela por medio de un feston.

El segundo modelo que presenta nuestro grabado es un *punto de aguja* destinado á *portieres*, *almohadones* y *abrigos de niños*.

Ejecútase con dos agujas de madera y estambre de diez cabos, y de dos colores, blanco y azul, por ejemplo, de este modo:

Se devana el estambre doble, y se pone con azul tantos puntos como ancho se quiera dar á la tira.

1.^a *Vuelta*.—Del derecho lisa.

2.^a—1 lis. *Se echa la hebra sobre el primer punto de la aguja izquierda, y se hace el punto liso, sacando por medio la hebra—1 lis. Se echa la hebra sobre el primer punto de la izquierda, y se hace el punto liso—3 lis.* Se repite desde la señal hasta el fin de la vuelta.

3.^a—Liso del revés.

4.^a—Como la segunda.

5.^a—Liso del revés.

6.^a—Con blanco, 4 ps. lis. *Se echa la hebra sobre el punto de la aguja izquierda, y se hace liso—1 lis. Se echa la hebra sobre el punto primero de la aguja izquierda, y se hace liso—3 lis.*

7.^a Liso del revés.

8.^a Como la sexta.

9.^a Liso del revés.

Vuelve á ponerse el primer color y se repite desde la segunda vuelta por el mismo orden, hasta dar á la labor la estension que se necesite.

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 862.

FIG. 1.^a TRAJE DE CAMPO.—*Vestido* de foulard color habana claro, adornado con terciopelos negros.

Falda interior, adornada en el bajo por tres terciopelos negros, colocados en grandes ondas, y falda superior abierta en los costados, con las puntas cuadradas, adornada de dos terciopelos lisos y un lazo de la misma tela con terciopelo, que termina la abertura, y del cual descienden dos cabos flotantes.

Cuerpo, de escote redondo, con tres terciopelos alrededor y manga á la judía, perdida, abierta en todo su largo y con los ángulos doblados como la falda de encima, adornada asimismo por otros dos terciopelos.

Camiseta alta de muselina blanca, con terciopelos negros y manga larga.

Sombrero Emperatriz de paja, con ala redonda y copa algo elevada, rodeada con cordon de hojas de yedra: otros dos bajan en bridas á cruzarse por detrás debajo del pelo.

FIG. 2.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido* de alpaca blanca, bordado de sedas, y adornado de flecos y bieses de color de malva.

Falda primera, lisa, nesgada, y con estensa cola.—*Falda* de encima, cortada á grandes picos en el bajo, y su-

biendo desde la union de cada uno un biés estrecho de seda malva, que figura cubrir las costuras: en el centro de cada pico va bordado un ramo de flores, que se continúa en guirnalda á un lado solo del biés, figurando que los paños descansan unos sobre otros. Fleco malva con pié calado, orilla el borde de esta falda.

Cuerpo, escotado y cruzado por delante con tira bordada y orillada de biés de seda, así como el cinturón, que termina por detrás en largas caidas guarnecidas de seda, y con ramo bordado en la punta. Manga justa, con fleco á la pegadura.

Camiseta alta y plegada.

Sombrero *Wateau* de paja de arroz, de copa baja y ala ondulada con cinta estrecha malva, que se anuda y descende por detrás, y bridas de cinta ancha, malva también, que se sujetan por delante con una rosa igual á la que va á la derecha sobre el ala.

Guantes color de paja.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Ad. Goubaud Ed. Paris CERRAIS

862

Jules David
Lamoureux Imp. r. Lacede. 39. Paris

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu. 92

Coiffes de la M^{me} Noailles et C^{ie} Delacroix. Suc^{ie} r. de la Bourse. 4. Modes de M^{me} Alexandrine. 2. rue Meyerbeer.
Machines à coudre de M. G. Gritzner et C^{ie} 82. Boulev. Sébastopol. Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon. Ch. d'Antin. 6.
Parfums de Violet fourni de S. M. l'Impératrice. r. S. Denis. 317.

Entered at Stationer's Hall.

LONDON. H. Weldon. 22. Tavistock Street Covent Garden. W. C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena



